

# **PENSAMIENTO GEOGRAFICO Y PRACTICA COLONIAL EN LA ESPAÑA DEL ULTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX**

**Elena HERNANDEZ SANDOICA**

Universidad de Madrid (Complutense)

Dpto. Historia Contemporánea.

La reconstrucción del pensamiento científico del XIX español no ha centrado su atención, hasta la fecha, en un área de escasa consistencia formal, la de la Geografía, que sin embargo proporciona importantes materiales para la comprensión del entorno social de la España contemporánea. A escala general, por el contrario, sí se ha reparado en las condiciones —tanto externas como internas— que alumbraron el nacimiento y condujeron a la institucionalización de la moderna geografía<sup>1</sup>. Razones particulares incidieron, en cada caso, sobre la dinámica común del proceso científico, de cara a la constitución de ese complejo de disciplinas (encuadrables unas en las tradicionales materias de Ciencias y otras en las de Letras), que una incipiente comunidad científica vendría a acotar como propia y diferenciada materia de estudio, la geografía<sup>2</sup>. En el caso español, la debilidad epistemológica del conjunto no llega a suponer ausencia total en el gris panorama científico del XIX avanzado. Retirada del cuadro de disciplinas universitarias a comienzos de los años ochenta, sólo el siglo XX volverá a introducir en el marco de los estudios superiores el cultivo y reproducción de un sistema (todavía fundamentalmente descriptivo) de conocimientos, que —no obstante— suelen ser considerados imprescindibles en la formación primaria y secundaria, así como en las escuelas militares, normales y de comercio.

Obstáculos de carácter estructural, cuando no procedentes de la propia dinámica de formación de la nueva ciencia, venían a oponerse aquí a la renovación y avance en la construcción de una trayectoria científica determinada. Pero, es más, es por entonces cuando, precisamente, lo que de aquí

en adelante, y por decisión de sus cultivadores, va a recibir el nombre común de Geografía, atraviesa un fructífero aunque dificultoso proceso de reformulación, en el marco de escuelas nacionales diferenciadas. Fuerte impulso a esta consolidación ontológica vendría proporcionado por el estímulo exterior de un contexto social propulsor y favorable: la expansión colonial<sup>3</sup>, frenéticamente llevada por las potencias europeas, suscitaba un crecimiento acumulativo que pronto generaría, a su vez, cambios en el estatus del conocimiento científico. La práctica colonial aparece así en el centro de una formulación teórica, tanto incluso como en la vertebración de una actividad política y social. Hombres profundamente involucrados en el acontecer histórico de su tiempo, escasas veces reclamarán, como otros intelectuales, el derecho a permanecer en su torre de marfil. La geografía se constituye así como cuerpo de disciplinas activas, capaces de facultar a un pueblo para participar en la tarea del crecimiento capitalista. Proyectos de reforma social o de inserción privilegiada en el contexto del progreso mundial, van a ir con frecuencia de la mano de quienes se proclaman geógrafos, aunque no se hallen vinculados entre sí por homogéneos lazos profesionales o políticos. Límite con un conjunto de ciencias que habían experimentado notables avances a lo largo del XIX (la geología, la biología...), o que vieron su esplendor en el XVIII ligadas al ejército, la marina o los círculos ilustrados (botánica, cartografía, topografía...), la geografía pugna ahora por hallar su propio objeto científico, si bien, de manera contradictoria, esa búsqueda va a ser protagonizada en múltiples ocasiones precisamente por profesionales estables de aquellas otras disciplinas. O también, con risueño porvenir —como en el caso francés, especialmente—, por estudiosos procedentes del campo de la historia.

En un proceso como el español, en el que la institucionalización proporcionada por las cátedras universitarias atraviesa un largo paréntesis de ausencia (casi treinta años), justo en el período más activo de la expansión colonial (coincidente cronológicamente con la construcción concreta de la fundamentación geográfica), las bases para la consolidación aparecen seriamente minadas. Puede resultar por ello esclarecedor interrogarse por la trayectoria de estos círculos de afinidades geográficas<sup>4</sup> —reunidos en el contexto extraoficial que los amparó, el de las sociedades de geografía—, y su intervención concreta en el devenir científico y social de la España en que vivieron.

Arrastrando métodos y problemas de identidad desde el siglo XVIII, la geografía trasciende los límites del XIX vinculada a las ciencias exactas y de la tierra<sup>5</sup>. La literatura de viajes, la progresiva incorporación al acervo

común de nuevos elementos del saber geográfico, terminarán por exigir del científico una progresiva especialización, no siempre indolora y sin complicaciones. Para la geografía, ciencia tan antigua como pocas, se iniciaba ahora la inminente andadura, prolongada por un camino de tanteos y duplicidades, que sólo avanzado el siglo XIX iba a terminar resolviéndose en la consecución de un objeto epistemológico propio y unas coordenadas socio-profesionales más o menos evidentes, y estables, ante el resto de los científicos y el conjunto de la sociedad. Prohibidas en algún momento por los tribunales de la Inquisición, determinadas narraciones descriptivas de la tierra y sus habitantes (Malte Brun o Masson de Morvilliers) no por ello dejaron de divulgarse en España<sup>6</sup>, en tanto que figuras de la talla de Isidoro de Antillón iban a prolongar su impacto docente hasta bien entrado el siglo XIX<sup>7</sup>. La relación que Humboldt y Ritter establecieron entre la tierra y el hombre, por más que versara en última instancia hacia el establecimiento de tipologías y análisis diferenciadores, supone un vertebrador novedoso para la nueva constelación geográfica. Tampoco ausente aquélla en el español Antillón<sup>8</sup>, la seriación parcelada de elementos cognoscitivos procedentes del campo de la astronomía, las ciencias de la tierra, o la tradicional mezcla de política, economía y etnografía que alumbró el XVIII, puede seguir reconociéndose con facilidad, durante mucho tiempo, a través de los longevos manuales de Geografía que superan, poco a poco, el discurrir del XIX español.

En absoluto puede extrañarse esta pervivencia, mantenida a lo largo de continuas reediciones de textos más o menos complejos, si se tiene en cuenta el lugar ocupado por la geografía en la enseñanza primaria y media. Ya se tratase de instituciones de élite (Instituto Pestalozziano o Compañía de Jesús), ya de la magra formación impartida generalmente en la enseñanza oficial, lo cierto es que la geografía —ciencia conveniente a la cohesión del estado, ciencia reforzadora de la ideología nacional—, no dejó nunca de hallarse presente, en ocasiones en lugar de privilegio<sup>9</sup>, en los cuadros y programas de estudio<sup>10</sup>. Caso radicalmente opuesto el de los estudios superiores, la geografía (o más bien lo que por entonces solía ir acompañado de determinativos: Geografía histórica, Geografía física, Geografía botánica...) no puede decirse que gozara de fortuna, pues sólo en ocasiones saltó a los planes de estudios y, según parece, en menos ocasiones aún gozó del privilegio de contar con un titular que se entregase a ella como centro de su actividad científica y docente, sin subordinarla al cultivo de otras materias colaterales. Son, ambas, notas de permanencia que es posible seguir aplicando, salvo correcciones propias de la evolución general del pensamiento es-

pañol, a la geografía académica del último tercio del XIX y principios del XX. Por ello merece la pena, quizá, detenerse un momento sobre este sustrato de conocimientos que va a pervivir, en España, y salvo modificaciones coyunturales, hasta los últimos años del pasado siglo.

En 1865 veía Francisco Verdejo publicada la 25<sup>a</sup>. edición, corregida y aumentada, de sus *Principios de Geografía astronómica, física, política, antigua, de la Edad Media y Moderna, arreglada al estado actual del mundo y adornada con muchas tablas curiosas...*, obra que procuraba su autor avalar como “enteramente original y fruto de medio siglo de trabajo”<sup>11</sup>. Recomendada reiteradamente por el Consejo de Instrucción Pública, adoptada de manera espontánea para el estudio de la geografía en los seminarios conciliares y escuelas militares o de comercio, el trabajo se articulaba en tres cuerpos de diversa extensión y carácter: geografía astronómica, geografía física y geografía política, entendida esta última como una especie de geografía histórica organizada por nacionalidades, y que cubría casi un 70% del volumen. Para Verdejo, experto en las distintas ramas de la materia<sup>12</sup>, los vínculos que unían al hombre en sociedad eran, por este orden, la religión, la lengua y “la íntima relación y dependencia en las varias clases del Estado”. Pero nada sugiere todavía la posible interacción entre la sociedad humana y el suelo que la sustenta. Este va a ser, en buena medida, el modelo teórico a seguir en los manuales de un puñado de autores, profesionales de la enseñanza secundaria en las materias comunes de Historia y Geografía<sup>13</sup>. Cuando se trata de poner en relación la vertiente física de la geografía con la social, poco más que un repaso a la historia, más o menos reciente, de los pueblos, aparece por lo general bajo el rótulo de Geografía Política.

Por otra parte, la resistencia de las ciencias de mayor tradición institucional a permitir el encauzamiento paralelo por parte de quienes se reclamaban, todavía de manera tímida, geógrafos, puede constatararse de manera creciente, siendo aquella resistencia mayor, naturalmente, cuanto más potente sea el organismo que ha de oponerse al proyecto de cristalización. En España, la Sociedad Numismática, que pronto pasaría a denominarse de Arqueología y Geografía, y que había sido fundada en 1837, realizaría al menos dos intentos serios, en 1844 y en 1865, por ver compensada con subvenciones oficiales su actividad científica, puesto que la administración le negaba el reconocimiento como Real Academia, solicitado con la pretensión de igualarse a las cinco ya existentes. Directamente influido por el tajante informe enviado por la de la Historia, el negociado de Fomento que hubo de entender en el asunto justificaba así la negativa: “Las cinco grandes aca-

demias existentes son cinco grupos lógicos que abarcan y sintetizan la serie completa de los conocimientos humanos: el lenguaje con todas sus manifestaciones literarias, el arte en todas sus esferas, la historia con sus numerosos estudios auxiliares, entre los cuales forman la Arqueología y la Geografía histórico-política, la ciencia cosmológica con sus tres fases, natural, físico-química y exacta, a cuyas dos últimas corresponden la Geografía astronómica, geológica y física, la ciencia psicológica, por último, con todos sus desenvolvimientos. Para formar un nuevo grupo —concluye el informe— habría que disgregar, en parte más o menos considerable, elementos correspondientes y propios de algunos de aquellos grupos esenciales: éstos quedarían mutilados y rota su armonía, y aquél sólo sería un engendro monstruoso”<sup>14</sup>. Temor, pues, por parte de comunidades científicas más definidas y con mayor grado de afirmación social, a que, en nombre de una ciencia fragmentaria y sintética, les fuese arrebatada la solidez institucional en que se hallaban instaladas. Nadie parecía discutir, todavía, la patente entidad científico-matemática de buena parte del conglomerado geográfico, pero ante la veleidat secesionista de quienes cultivaban la faceta más o menos filosófica de la geografía, va a alzarse con firmeza la prepotencia de una ciencia poderosa en su herencia ilustrada, la de la Historia.

La geografía va a desenvolverse, de este modo, en el estrecho marco que le proporcionaba la vocación histórico-geográfica de algunos miembros del profesorado universitario, al tiempo que se dispensaba, desde las cátedras, una desigual adecuación y actualización de conocimientos. Tanto desde la de Geografía histórica y cronología, que en 1866 desempeñaba Salmerón —para dejarla después en manos de V. Fernández Ferraz—, como en las correspondientes a Ciencias (Geografía física o Geografía botánica), en manos, respectivamente, de José Soler y Miguel Colmeiro. También la Escuela de Diplomática, en su cuadro de enseñanzas, contaba con una asignatura de denominación compuesta, Epigrafía y Geografía antigua, que por entonces cubría con sus lecciones Miguel Oliver y Hurtado. No obstante, la vocación estrictamente geográfica habría de obtener sus mejores frutos en centros no universitarios: las escuelas de ingenieros, militares o de preparación para el magisterio, no tanto las de comercio, proporcionarán en el futuro una —nunca abundante— cantera de cultivadores de la geografía, tampoco libres, en la mayoría de los casos, de las consecuencias de un autodidactismo que, en buena parte, les era impuesto por la burocracia ministerial.

El sexenio democrático iba a provocar en el país cesuras ideológicas, producto del reclamo de la libertad de enseñanza, pero, de manera lógica, no todas las ciencias podrían beneficiarse de una renovación en los contenidos.

Al menos en teoría, condiciones más favorables para un afianzamiento particular de cada ciencia podrían venir ofrecidas por el contexto social y político que la nueva legislación sistematizaba. El propio Giner advertía en su momento que “la profunda modificación (...) iniciada en la nueva ley de Instrucción Pública, no consiste en haber hecho más libre al Profesor, sino en haber reconocido la soberanía de la ciencia en su esfera”<sup>15</sup>. Pero teniendo en cuenta la preocupación globalmente científica del krausismo español, la acepción idealista otorgada al término *ciencia* y su máxima preocupación por la actitud ética del científico y no por la dimensión positiva del conocimiento, tampoco ha de extrañar lo que podría, quizá, considerarse como una palpable influencia krausista en la peculiar trayectoria, en España, hacia la conversión de la geografía en ciencia moderna y de clara canalización institucional.

Hombres como Manuel María del Valle, Rafael Torres Campos u Odón de Buen —todos ellos ligados con mayor o menor intensidad, y sucesivamente, al orden de lo geográfico—, siguieron su derrotero profesoral en buena parte vinculados a los círculos krausistas e institucionistas, en ocasiones muy cerca de Giner. Y de una manera u otra, todos reclamaron y propagaron una formación humanista, compleja y variada para los estudios superiores, así como el propio Giner, en 1870, había propuesto dotar a los “estudios de facultad” de un carácter verdaderamente científico, y no estrictamente profesional. En su concepto, la Universidad habría de proporcionar el marco de “la cultura general humana”<sup>16</sup>, y aunque ello varíe con la inflexión positivista, se trata de un talante común y permanente. Vista de esta manera, la geografía habría de tardar mucho en desvincularse de su sujeción a la historia (y, por tanto, de una subordinación a aquélla, como disciplina más consolidada), y sólo excepcionalmente se apartaría del análisis político y social contemporáneo que, en general, preocupó fundamentalmente al institucionismo, en tanto que la geografía como ciencia física o matemática mixta era servida desde la cátedra —con frecuencia excesiva y previsible resultados— por profesores de materias asimiladas<sup>17</sup>.

Alertando en principio sobre la esencial formación proporcionada conjuntamente por la historia y la geografía, junto a los previos conocimientos básicos de lectura y escritura<sup>18</sup>, la preocupación pedagógica de quienes cultivaron la geografía como ciencia de su tiempo visará con escasa fortuna hacia la formación superior, uniformemente descuidada por las escleróticas estructuras universitarias de la Restauración, durante todo el último tercio del XIX. M. M<sup>a</sup>. del Valle y Cárdenas, que fuera discípulo de Sanz del Río y activo analista de la realidad política europea durante los momen-

tos iniciales del asalto krausista a la Universidad Central, y auxiliar encargado de la asignatura de Geografía, en Letras, logrará superar —años después— las primeras reformas del ministro conservador Orovio, haciéndose con la cátedra en propiedad. Precisamente de aquel año, 1875, data la publicación por Valle de su Programa de Geografía Histórica, importante novedad en el panorama español. Las quejas, todavía recientes, del que poco antes fuera rector, Moreno Nieto, respecto al anquilosamiento de las disciplinas históricas en nuestro país<sup>19</sup>, hallarían ahora parcial satisfacción con la minuciosa puesta al día metodológica del reflexivo Valle y Cárdenas<sup>20</sup>. Todavía diez y ocho años más tarde lo mostraría Torres Campos en Berna, en el Congreso Internacional de Geografía, tratando de ocultar con él la humillante penuria creadora de un presente geográficamente pobre. Resultaba importante en el planteamiento de Valle la fundamentación propuesta, para su ciencia ante todo humana, sobre el conocimiento ofrecido por las ciencias de la naturaleza, atreviéndose incluso con el “trascendental problema del influjo del medio en la vida del hombre y de la reacción de éste sobre aquél para modificarlo”<sup>21</sup>.

Las reformas sobre los planes de estudios legisladas en 1880 acaban con esta situación de prometedor despunte. La asignatura de Geografía histórica en las facultades de Letras, tras proponerse en el seno del Consejo de Instrucción Pública su sustitución por un desdoblamiento de la Historia (en Antigua y Moderna), que tampoco se llevará a cabo después, viene a ser eliminada del cuadro de materias<sup>22</sup>, en tanto que la Geografía física quedaba disuelta en las disciplinas limítrofes que, hasta entonces, la habían alimentado<sup>23</sup>. También en la enseñanza secundaria se procedía a recortar su estudio: en un solo año, debería el alumno cubrir toda la geografía (por supuesto descriptiva) general, así como particular de España, para no volver a descubrirla nunca más, “sea cualquiera la Facultad que luego curse”<sup>24</sup>. Desempeñando en adelante la cátedra paralela de Historia Universal, los geógrafos, y el propio Valle, contaban ya para entonces, en cambio, con otro cauce de canalización para aquellas materias a las que se negaba la acreditación académica. Cuatro años atrás, en 1876, se había creado en Madrid, por un puñado de militares e ingenieros, con escasa participación de profesiones liberales y mercantiles, y no tan escasa en cambio de los medios burocráticos, la Sociedad Geográfica, dispuesta a concretar en una acción conjunta la común voluntad de dedicarse, de manera más o menor innovadora y continua, al cultivo de los estudios geográficos<sup>25</sup>. Su actividad, junto a la preocupación pedagógica demostrada, también en este terreno de la geografía, por una institución de peso como la ILE (y, en parte por la común

militancia en ambas instituciones de R. Torres Campos), absorben y representan, durante casi treinta años, la —prácticamente global— producción teórico-práctica de una incipiente comunidad científica, la de los geógrafos en la España contemporánea.

En modo alguno puede determinarse entre los móviles fundacionales de la Sociedad Geográfica de Madrid la intencionalidad de una práctica política determinada. Un conjunto variado de hombres, profesionales para quienes, tradicionalmente, la geografía era un terreno arraigado, se reúnen bajo la presidencia del cartógrafo militar Coello, quien, diez años atrás, había abandonado el ejército para dedicarse al estudio. Para entonces, había participado en acciones mixtas franco-españolas sobre territorio argelino, y publicado unas cuantas obras de interés relevante para el conocimiento de la Península Ibérica<sup>26</sup>, además de un Atlas justamente reputado. La Sociedad Geográfica iba a proporcionar a Coello, en principio, el respaldo institucional preciso para prolongar su presencia —hasta entonces a título privado— en el foro de los, por entonces, activos geógrafos europeos<sup>27</sup>. El proyecto de constitución de aquella entidad cultural constituye, en aquellos momentos de crisis política y económica interior, la plasmación sobre el papel de una voluntad manifiesta de no permitir que la difícil situación del país arrastre al abismo la ya débil presencia española en Europa. Con la recuperación de un pasado esplendoroso, piensan los geógrafos, a modo de sustitución, gozar de títulos suficientes para presentarse de nuevo en la escena internacional. Adaptada al campo estricto de la ciencia geográfica, esta idea conlleva la firme voluntad de hacer de la geografía histórica carta de presentación en la industriosa Europa, en momentos en que un retraso ya secular aleja cualquier posibilidad de una mayor implantación<sup>28</sup>. El reciente ingreso de Coello en la Academia de la Historia, precisamente con un discurso sobre las vías romanas en España, le facilitaba sin duda la concreta labor de arrastre sobre un sector de la cultura oficial, escasamente representado más allá de los Pirineos.

Desde un principio, va a tratar la Sociedad Geográfica madrileña de “propagar los conocimientos geográficos”, empleando en la discusión de métodos y procedimientos a seguir buena parte de sus periódicas sesiones de trabajo<sup>29</sup>. Sugerencias sobre reformas en la enseñanza de la geografía acompañaron con frecuencia a aquellas deliberaciones, sobre todo en los precisos momentos en que, por decisión ministerial, se suprimía la asignatura de los planes oficiales<sup>30</sup>, a escala universitaria. Cuando, pasados unos años, pareció evidente que nada positivo era posible lograr, por el momento, las publicaciones de la Sociedad van a centrarse preferentemente en la partici-



pación de noticias y comentarios sobre novedades en el extranjero<sup>31</sup>, así como en la todavía posible reorganización y sistematización de la enseñanza y los saberes geográficos en las escuelas e institutos<sup>32</sup>. Un papel determinante habría de desempeñar en este sentido, una vez más, la diligente participación de R. Torres Campos en la Institución Libre de Enseñanza, entregando a su Boletín, con frecuencia, estudios sobre la materia<sup>33</sup>.

La vocación geográfica de este militar-pedagogo fue, al parecer, accidental, pero de todo un cúmulo de circunstancias habría de resultar una situación cambiante para el conjunto de los recién agrupados geógrafos españoles<sup>34</sup>. Licenciado en Derecho, fue sin embargo encargado de la enseñanza de la geografía, a su entrada en la Academia de Administración Militar. *La Geografía Histórico-Militar de España* del general Gómez de Arteche sentaría las bases de su dedicación profesional a los estudios geográficos, dedicación nunca excluyente respecto a preocupaciones pedagógicas más amplias. De su inmediata vinculación a Joaquín Costa, en el seno de la Institución y, en seguida, también en la Sociedad Geográfica, y con la incorporación a ésta del joven y vigoroso publicista Gonzalo de Reparaz, más el apoyo y representación —constante pero prudente— de Coello, habría de resultar, a partir de 1882, la nueva constelación de tendencias que haría de los geógrafos españoles eficaces propagandistas de la entonces denominada “cuestión colonial”.

La eclosión expansionista que los años ochenta del pasado siglo contemplan, ha dado motivo a insolubles polémicas por parte de quienes defienden móviles de carácter económico frente a otros de carácter predominantemente político o social<sup>35</sup>. Pero apenas puede ser discutido el hecho evidente de la presencia, no siempre necesariamente hegemónica de argumentos de índole mercantil en la expansión hacia afuera del nacionalismo europeo. El propio Coello, nada sospechoso de una particular atención a este tipo de intereses por vocación profesional y origen aristocrático, había advertido ya desde el momento fundacional, que los estudios geográficos podían “contribuir grandemente a desarrollar nuestro comercio”, sugiriéndose de inmediato en la misma Geográfica la constitución de asociaciones especiales para propagar el estudio de aquellas conexiones entre ciencia y prosperidad económica<sup>36</sup>. Sin embargo, presiones del exterior, concretadas en la formación inmediata (1877) de la Asociación Española para la Exploración del Africa —sucursal de la de Bruselas—, iban a aglutinar, por el momento, las actividades de la Geográfica junto a las de su nueva compañera, compuestas ambas como estaban por abundantes miembros comunes, y tratando de lograr en conjunto una rápida incorporación de España a la empresa

de exploración y reparto africanos. Pronto distanciadas, en sus planteamientos, del común proyecto africanista —espoleado por el rey de los belgas— iba a quedar en la Geográfica la invitación a la búsqueda de emplazamientos extrapeninsulares. La discutida ubicación de Santa Cruz de Mar Pequeña, prometida y nunca cedida por el sultán de Marruecos en virtud de un viejo derecho revalidado por el tratado de 1860, cubriría como objetivo preferencial debates y propuestas. El estímulo europeo había sido breve, viniendo finalmente a quebrarse, pero no se había agotado en sí mismo: la escasamente compacta aproximación de geógrafos que la sociedad de su nombre cobijaba, había hallado un proyecto uniforme que, al menos por un momento, a nadie pareció intimidar y a todos aglutinaba. El elemento vertebrador colonial, como estaba ocurriendo en sus homólogas europeas, iba a dotar a la Sociedad Geográfica madrileña de un instrumento de acción y de consolidación institucional que otras entidades científicas ni siquiera soñarían nunca con llegar a poseer.

En la formulación teórica de lo que debería ser la acción española en el exterior, pronto orientada con preferencia hacia África, notas mercantiles y de aculturación se enhebran para construir un todo no militarista que, sólo en contados momentos, habría de suscitar la oposición en el propio contexto interno de la Sociedad Geográfica. La llegada de Costa a la sociedad, capaz de condensar, en 1883, la plural —pero dispersa— efervescencia de sus compañeros, produce un arrastre temporal que, sin agotarse en la acelerada actividad de un puñado de propagandistas, decrece lánguidamente a partir de los últimos ochenta. La concepción ampliamente liberal y reformista que, en beneficio de las clases medias y urbanas, conciben y tratan de poner en práctica algunos de los africanistas, resultaba sin duda poco viable en la España de 1882. Sin embargo, aunque el propio Costa la desechó súbitamente como proyecto social, la vocación geográfico-colonial de algunos de sus colaboradores en la Sociedad de Geografía Comercial jamás prescindirá de esta temprana matriz regeneracionista. Torres Campos es, con toda probabilidad, el caso más evidente de continua creencia en los poderes modernizadores de la ciencia geográfica y, por ende, del carácter casi taumáturgico de su corolario práctico, la expansión colonial, como propulsora de los pueblos europeos hacia el progreso<sup>37</sup>.

Pero la concentración en esta función de propaganda, política y pedagógica a un tiempo, en tanto que la vía universitaria se halla cegada desde arriba, impone a la actividad geográfica en España, durante este período de afirmación, una palpable penuria en la reflexión teórica. El propio Coello lo plantea, de cara a la opinión pública, como una elección consciente, que

venía facilitada por la falta de eco en el país: “En vano la Sociedad Geográfica, apartándose del sistema seguido por sus hermanas en el extranjero, que pueden dedicarse casi exclusivamente al estudio de la Geografía teórica, ha seguido en sus conferencias y publicaciones el sistema de tratar solamente de lo que pudiéramos llamar Geografía patriótica, para no darle el nombre de política (...); nada consigue atraer la atención del público hacia un estudio tan indispensable”<sup>38</sup>.

No obstante, las sociedades geográficas podían reclamarse con razón interventoras directas en la política de incorporación de nuevos territorios africanos, así como creadoras de un clima popular favorable (pero momentáneo) hacia la retención por España de sus —hasta entonces descuidadas— islas Carolinas. Fueron, sin embargo, acciones concretas que no habían de lograr una eficaz sucesión en un futuro inmediato. Por ello los esfuerzos coloniales de ambas sociedades, en el decenio largo que se abre entre el abandono por Costa de la esfera africanista, en 1887, y la áspera prueba del 98, habrán de enfrentarse ya con la incomprensión o rechazo de otros grupos sociales, incluyendo generalmente a los gobiernos, en una rotunda negación de aquel repetido aserto de los geógrafos colonialistas, para quienes el proyecto africano “abría nuevos y amplios horizontes a la vida de la nación”<sup>39</sup>. A pesar de todo, la crítica hecha por aquéllos a las clases directores, rara vez encerrará una directa censura de debilidad o malgobierno en el ámbito exterior (como será, años después, el caso desgarrado de Gonzalo de Reparaz), sino fundamentalmente se acusará a aquéllas de ineptitud para la educación de las masas que rigen. Son los gobernantes quienes han querido —vuelve a lamentarse Torres Campos en 1893— que el ciclo normal del aprendizaje de la geografía en España se cierre en torno a los diez u once años del escolar, y ello va a entrar en contradicción creciente con la elaboración y acelerada propagación del saber geográfico en la Europa de los años noventa. La denuncia va a ser reiterada de manera invariable: “Una ciencia compleja, una ciencia de relación que abarca la naturaleza y el hombre al par, la ciencia práctica por excelencia de las relaciones internacionales, que no pueden ser dirigidas sin el conocimiento profundo de los pueblos, necesaria al político, al gobernante, al administrador de los públicos intereses y al comerciante, no se estudia de nuevo, no pasa a la pubertad, no es objeto de ulterior revisión ni de serio cultivo en la edad de la reflexión, ni aún para el que ha de hacer como catedrático de la enseñanza profesión de su vida”<sup>40</sup>.

Poco a poco, la concepción pragmático-social del conocimiento geográfico<sup>41</sup> va a dejar paso a la absorción de un determinismo levemente

templado, en la línea que lleva de Haeckel a Ratzel, y que los cultivadores de la geografía (estrictamente) física van a ser los primeros en ostentar ufanos, como buena prueba de la redonda entidad hallada finalmente para su objeto de conocimiento. Federico de Botella o Rodríguez Arroquia, por ejemplo, dejan ver en sus obras rasgos de esta *modernidad*. Sin embargo, será Beltrán y Rózpide, activo publicista colonial venido de los estudios de Derecho, quien se esfuerce en definir, de buena hora, la naturaleza y concepto de la nueva geografía, con cierta timidez a finales de siglo<sup>41</sup> y sólida rotundidad en 1904: “La Geografía, que no fue en principio más que una sencilla descripción de la Tierra, ha entrado ya de lleno en la fase científica y es hoy el conocimiento razonado y orgánico de todos cuantos fenómenos acaecen en la superficie del planeta y de las relaciones que existen entre el ambiente y las condiciones físicas terrestres, por una parte, y los organismos todos, por otra, que viven en ese ambiente y están sometidos, más o menos, a la acción de esas condiciones físicas”. Y enseguida, con mayor dureza: “Los fenómenos humanos deben responder a los fenómenos físicos; en el medio natural hay que buscar la fuente de los hechos sociales”. O, por último “la Geografía ha dejado de ser una descripción, más o menos pintoresca, de las regiones de la Tierra, una nomenclatura más o menos árida de los rasgos físicos y de los lugares habitados, para transformarse en una ciencia tan metódica como las ciencias exactas, que organiza, bajo ley de unidad racional, el conjunto de los fenómenos del mundo exterior”<sup>42</sup>.

Imbuído de lecturas sajonas, norteamericanas fundamentalmente (en un momento posterior citará expresamente a Tower, Davis y Huntington), R. Beltrán no lamenta precisamente el giro copernicano que, respecto a la historia, se imprime ahora a la geografía, tratando de liberarla de su posición ancilar. No obstante, cuando la geografía vuelva a las cátedras universitarias, recién inaugurado el nuevo siglo, una de sus ramas —la que se reinstaura en Letras— seguirá por mucho tiempo dependiendo de la historia y, fundamentalmente, de los (más o menos fecundos) historiadores que la desempeñaron. Algo más que una anécdota puede hallarse tras el hecho de que el primer titular de aquella Geografía política y descriptiva, Miguel García Romero, no pareció cubrir nunca un programa global de la asignatura, en tanto que su bibliografía, nunca sobre asuntos geográficos, no parece revelarse como tangente a la materia explicada<sup>43</sup>.

Ello en lo que hace a la geografía académica. Por su parte, la geografía (activamente colonial) de las sociedades, podía correr el riesgo de quedar asfixiada entre la inercia de la administración y la búsqueda por los socios de una mayor orientación hacia sus propios objetivos profesionales. La dismi-

nución —constante— en el número de afiliados, la final reducción del conjunto en una sola sociedad (aunque conservando una sección especial de Geografía Comercial), decían poco en favor de un esperado entusiasmo mercantil que, voluntariosamente, había tratado de despertar aquella acción propagandista. Desde Barcelona, el marino mercante José Ricart Giralt, antiguo colaborador en los proyectos geográficos y coloniales más pragmáticos del círculo madrileño, entabla en 1892 una polémica a propósito de unos medios de persuasión que considera poco eficaces<sup>44</sup>. Pero tampoco en su iniciativa particular (la fundación, por fin conseguida tras frustrados intentos, de una Sociedad de Geografía Comercial en Barcelona, en 1896) obtendrá Ricart el éxito que de su entrega esperaba. Ni siquiera iniciativas como la de J. A. Güell, marqués de Comillas y aficionado a la geografía comercial, de fundar un barco-escuela mercante, a principios de siglo, se revelaría (a corto plazo) fructífera. El marqués, sin embargo, creía firmemente en aquella frase de lord Rosebery que había corrido por boca de propios y extraños (*Englands Empire is traffic*), y aunque no lograra insertar el proyecto pedagógico ideado en la marcha de sus negocios marítimos, no fue ello sin duda causa de que se resintieran aquéllos. No era ésta tampoco, por cierto, la única preocupación del eficaz hombre de empresa, puesto que recomendaba el estudio de la geografía como esencialmente formativo para una personalidad dinámica, propia del moderno hombre de negocios: “La influencia de los conocimientos geográficos es doble —afirmaba—, instructiva y educativa (...); educativa porque ejerce un efecto sugestivo en la formación del carácter, desarrollando la acometividad de empresas y la tendencia al desarrollo y expansión de las mismas”<sup>45</sup>.

Poco después, en la misma Barcelona, el catedrático de Ciencias Odón de Buen proponía, al inaugurar el curso de 1909/10, una modernización de la geografía en la línea de Eliseo Reclus, parte de cuya obra había revisado en su traducción pocos años atrás. “La deficiencia de los estudios geográficos en España es bochornosa, y urge una reforma”, había resumido. Siempre recomendando el estudio de la geografía física como previo al de la política, la sería utilización de la estadística o la incorporación de conocimientos avanzados, como los de la oceanografía, a la que él mismo diera impulso, propone De Buen un programa que —pasando por el laboratorio y la directa observación sobre el terreno— sustituya la enseñanza memorística por el aprendizaje experimental<sup>46</sup>. La geografía *a la vista* que este seguidor de Reclus proponía no venía ya, sin embargo, a cumplir necesidades profundas para la industria y el comercio, como seguía defendiendo, desde la tribuna pública, el propio Ricart. Frente a las pautas de estudio propuestas

por Odón de Buen, y con cierto talante polémico, leía José Ricart el 29 de octubre de 1911, ante la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, una memoria en la que proponía, incluso, el empleo del cinematógrafo para la difusión del conocimiento geográfico, frente al *sport* de lujo que creía encontrar en las propuestas del naturalista De Buen: “¿Que esta enseñanzá resultaría cara? —viene a salir al paso de posibles alarmas—. Naturalmente que siempre lo sería un poco más que ahora, que tan poco se gasta ella; pero sería un gasto reproductivo, pues es bien cierto que el día que tengamos un plantel de comerciantes y de industriales geógrafos, no perderemos colonias y conquistaremos cada día nuevos mercados”<sup>47</sup>. Era como si el conocimiento, en sí mismo, resultase ya garante sólido de la expansión.

#### NOTAS

1 Resulta de especial utilidad la publicación por D.R. STODDART, *Geography, ideology and social concern* (Oxford 1981) de las aportaciones al respecto hechas en el marco del Congreso de Historia de la Ciencia celebrado en Edimburgo en 1977. La comunicación de H. CAPEL puede verse también en *Geo-Crítica*, 1977, núms. 8 y 9 (*Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos*). También, V. BERDOULAY, *Professionnalisation et institutionnalisation de la géographie*, *Organon*, 14, 1980.

Ya en prensa estas notas, hay que citar la aparición de H. CAPEL y otros, *Ciencia para la burguesía*, (Barcelona, 1983).

2 Una buena introducción de carácter general en H. CAPEL, *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*, (Barcelona 1981). Recopilación de textos y oportunas pautas para la interpretación en J. GOMEZ MENDOZA, J. MUÑOZ y N. ORTEGA, *El pensamiento geográfico*, (Madrid 1982).

3 En dos ocasiones me he ocupado anteriormente de esta cuestión: *La ciencia geográfica y el colonialismo español en torno a 1880*, Actas del I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, (Madrid 1980), págs. 527 ss. y, fundamentalmente, varios capítulos de *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1875-1887*, Madrid, Ed. Universidad Complutense, 1982, 2 volúmenes. El caso italiano, semejante en muchos aspectos al español, en M. CARAZZI, *La Società Geographica Italiana e l'esplorazione coloniale in Africa (1867-1900)*, Florencia 1972, y A.M. KERENY, *La Società d'Esplorazione Commerciale in Africa e la politica coloniale (1879-1914)*, Florencia 1972. Para Francia, es éste un terreno de investigación abordado desde antiguo pero, sorprendentemente, no proseguido con continuidad: D.V. MC KAY, *Colonialism in the French Geographical movement, 1871-1881*, *Geographical Review*, 1943, págs. 214 ss.; A. MURPHY, *The Ideology of French Imperialism* (Washington 1948), o V. BERDOULAY, *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*, Paris 1981, cap. II. Sin entrar en análisis de especificidad histórica, ésta es también la aproximación de Y. LACOSTE en *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, Paris 1982 (2ª. ed. ampliada).

4 El concepto, propuesto por V. BERDOULAY (*The Contextual Approach*, en STODDART, *Geography...*, págs. 11 ss.), resulta más explicativo que el de *comunidad científica*. Cit. en pág. 14.

5 H. CAPEL, *Geografía y Matemáticas en la España del siglo XVIII*, (Barcelona 1981).

6 M. DEFOURNEAUX, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII* (Madrid 1973), págs. 239 ss.

7 Como libro de texto era utilizado en la asignatura de Geografía (fac. de Ciencias), por ejemplo por el catedrático José Soler y Sánchez, en vísperas de la Gloriosa (Anuario de la Universidad Central, 1866-67 y 1867-68).

8 Vid. R. BELTRAN Y ROZPIDÉ, *Isidoro de Antillón, historiador y político*, (Madrid, 1903).

9 J.L. PESET Y A. LAFUENTE, *El conocimiento de la naturaleza. El pensamiento científico y su transmisión*, en *Historia de España* de Espasa Calpe, t. XXI-I (en prensa), original cedido amablemente por los autores.

10 Así por ejemplo el Plan Seijas, de 1850, que introduce tres cursos de Geografía (si bien dos de ellos ligada a la Historia), frente solamente a dos que incorporaba el plan anterior de Pastor Díaz (1847). Moyano volvía a reducirlos a dos (1857), y Orovio, en 1867, la reducía a un sólo curso, acompañada incluso de Historia, que es de suponer cabase mayor atención por parte de un profesorado no siempre cursante de aquella materia. (Vid. M. y J.L. PESET, *La Universidad Española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid 1974, págs. 591-2).

11 F. VERDEJO Y PÁEZ, *Principios de Geografía* (...) Madrid 1865 (25ª. ed.), 448 páginas. La cita en pág. 6. Otros trabajos del autor son: *Repertorio de Geografía*, Madrid 1865 (8ª. ed.), destinada a la enseñanza elemental; *Guía práctico de Agrimensores o Tratado completo de Agrimensura y Aforage*, Madrid 1864 (8ª. ed.), y *Elementos de Historia Universal, antigua, de la Edad media, moderna y contemporánea*, Madrid 1865 (6ª. ed.), todas ellas destinadas a la enseñanza media y profesional.

12 Había sido Verdejo profesor de Geografía e Historia en el Instituto del Noviciado; catedrático de Geografía en la Facultad de Filosofía (antes de procederse al desglose académico de las materias de ciencias) en la Universidad Central; catedrático de Matemáticas puras y mixtas en los Estudios de San Isidro y en la primitiva Universidad de Madrid, y catedrático de Fortificación y Topografía en la Real Academia de cadetes de Guardias Españolas, entre otras cosas. Sobre la Academia para el Estudio de la Geografía fundada por Verdejo en Madrid, en 1820, como institución particular, vid. M.C. SIMON PALMER; *La enseñanza privada seglar en Madrid, 1820-1868* (Madrid, 1972), pág. 121.

13 Pueden verse, a título indicativo, A. VIDAL Y DOMINGO, *Geografía astronómica, física y política*, Huesca 1875 (2ª. ed.); J. F. GASCON, *Elementos de Geografía*, Madrid 1879 (4ª. ed. Barcelona, 1883); D. VIDAL *Nociones de Geografía e Historia de España*, (Madrid 1882), o C. GARCIA-RETAMERO Y CASTILLO, *Geografía elemental, astronómica y física* (Bilbao 1894). Dependiendo del puesto ocupado y el número de alumnos, además de la mayor o menor calidad pedagógica de la obra, en ocasiones podía alcanzarse un número muy alto de reediciones: así F. SANCHEZ Y CASADO, catedrático en el instituto de S. Isidro, que en 1896 reimprimía por 15ª. vez su *Prontuario de Geografía* (Madrid, Hernando).

14 Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), Mrio. de Educación, exp. en caja 6.947.

15 F. GINER DE LOS RIOS, *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, núm. 7, 10.4.1869, pág. 364.

16 F. GINER DE LOS RIOS, *Ibid.* núm. 18, 25.6.1870, pág. 1305.

17 En junio de 1869, por ejemplo, dejaba la cátedra vacante, por fallecimiento, Fernando Bacherini, excedente de Física aplicada del suprimido Instituto Industrial.

18 Vid. a propósito la circular de 1.º febrero 1869 concediendo un plazo de cinco meses a los bedeles y mozos de la Universidad Central para aprender a leer y escribir. Pasado el mismo, los primeros tendrían que demostrar, además, si eran aspirantes, conocimientos básicos de ortografía, geografía e historia de España (*Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, núm. 3, 10.2.1869, págs. 130-31).

19 *Revista de la Universidad de Madrid*, 2.ª. época, núm. 1, 1.1.1873, pág. 1.

20 A. BONILLA SAN MARTIN, *La vida corporativa de los estudiantes españoles en sus relaciones con la historia de la Universidad* (Madrid 1914), nota necrológica previa, págs. 10-11. Durante el curso 1876/77 la cátedra de Valle contó en Madrid con 44 alumnos.

21 R. TORRES CAMPOS, *El Congreso y la Exposición de Geografía de Berna*, en *Estudios Geográficos* (Madrid 1895), pág. 259.

22 AGA, (Alcalá de Henares), Educación, leg. 8.636.

23 Astronomía, Geología y —después— Antropología, ejercen sobre ella una poderosa absorción.

24 *Anuario del Estudiante. Guía de las familias* (Madrid 1881-82), pág. 8.

25 Para el proceso de creación remito a E. HERNANDEZ SANDOICA, *La ciencia geográfica...*, y *Pensamiento burgués...*, cit. más arriba, en cuyo cap. II recojo la escasa bibliografía anterior.

26 F. COELLO DE PORTUGAL Y QUESADA, *Proyecto de líneas generales de navegación y de ferrocarriles en España* (Madrid 1855); *Reseña geográfica de España y de sus provincias de Ultramar* (Madrid 1858).

27 Especial interés —y directa incidencia— tiene la presencia de Coello en el marco de los Congresos de Geografía. Celebrado el primero en Amberes, en 1871 y el segundo en París, en 1875, resulta útil repasar el trabajo de recopilación de la *Union Géographique Internationale. Commission Histoire de la Pensée Géographique. La Géographie à travers un siècle de Congrès Internationaux*, UNESCO, 1972. Sobre la función congresual, en términos amplios, C. TAPIA y E. TAIEB, *Conférences et Congrès Internationaux de 1815 à 1913*, *Relations Internationales*, 1976, núm. 5, págs. 11-35.

28 Vid. el discurso inaugural en *Boletín de la Sociedad Geográfica* (en adelante, BSG), I, 1876, pág. 11.

29 Así, BSG, I (1876), págs. 484 ss.; III (1877), pág. 503; IV (1878), págs. 248, 251, 349, 354 y 375; VII (1879), pág. 430, etc.

30 BSG, VIII (1880), págs. 189, 287, 360, 366, 445, etc. Para mayor información, vid. R. BELTRAN Y ROZPIDE, *Repertorio de publicaciones y tareas de la Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1900)*, Madrid 1901, págs. 11-30.

31 BSG, XVI (1884), págs. 290 y 444; XX (1886), págs. 125 ss., etc.

32 Algunos datos en J. BECKER, *Los estudios geográficos en España (Ensayo de una historia de la geografía)*, Madrid 1917, y sobre todo R. BELTRAN Y ROZPIDE, *Repertorio...* cit.

33 En 1882 aparecen los primeros artículos de carácter ampliamente geográfico en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*: etnografía y tectónica eran las materias sobre las que versaban. Me interesa más sin embargo, destacar la producción posterior: BILE, VII (1883), págs. 283 ss., *La enseñanza de la Geografía por el método gráfico*; IX (1885), pág. 85, *Las nuevas adquisiciones de los estados europeos*; X (1886), págs. 241 ss., *Las nuevas instituciones mercantiles*. Hasta 1892, en que vuelve a dar cuenta en el BILE de sus trabajos geográficos, se halló Torres Campos absorbido por una creciente actividad de divulgación, como secretario de la Sociedad Geográfica y eficaz colaborador de Costa en la Sociedad de Geografía Comercial.



34 La dimensión educativa, en un sentido amplio, de Torres Campos como institucionista, vendría a proporcionar un talante más proclive a la acción social, en el seno de la Geográfica. No obstante, la ausencia de una Geografía superior académica, así como el débil cultivo por parte de los miembros de la sociedad de sus aspectos estrictamente científicos, permiten aplicar al caso español la distinción propuesta por O. GRANÖ entre “geografía de las sociedades” y “geografía académica” (*External Influence and internal Change in the Development of Geography*, en D.R. STODDART (ed.), *Geography... cit.*, pág. 29).

35 Buenas recopilaciones bibliográficas en H.-U. WEHLER, *Imperialismus*, (Colonia-Berlin 1970), y W.J. MOMMSEN, *Imperialismus-theorien. Ein Ueberblick über die neuren Imperialismus interpretationen* (Gotinga 1977).

36 BSG, I (1876), pág. 169.

37 “Del conjunto de sus artículos —escribe Coello en el prólogo a los *Estudios Geográficos* de Torres Campos—, puede sacarse un plan completo para la regeneración de nuestro país y para nuestra política colonial y exterior. Ese plan debía formar un código común para todos nuestros partidos políticos, que se llevara a cabo invariablemente y sin suspenderlo o modificarlo a cada paso; entonces, otra sería la suerte y el porvenir de nuestra atrasada España” (pág. XVI).

38 *Ibid.*, págs. XIII-XIV.

39 R. TORRES CAMPOS, *Reseña de las tareas y estado de la Sociedad*, leída a 30 de mayo de 1888, en *Revista de Geografía Comercial*, 15.3.1888, págs. 4-6.

40 R. TORRES CAMPOS, *El Congreso...*, en *Estudios Geográficos*, pág. 261.

41 R. BELTRAN Y ROZPIDE, *La geografía en 1898*, memoria leída el 6 de junio de 1899, (Madrid 1899).

42 R. BELTRAN Y ROZPIDE, *La geografía en 1904* (Madrid 1906), pág. 6. Prácticamente igual se expresará después, en 1915: *Geografía. Guía y plan para su estudio, con especial aplicación a la Geografía económica*, y en ediciones sucesivas.

43 Sólo he podido localizar unos *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez y Pelayo* (Madrid 1879).

44 *Revista de Navegación y Comercio*, IV, 10.5.1982, págs. 167 ss.

45 J. A. GÜELL, *Notas pedagógicas y proyecto de una escuela naval de comercio; estudio presentado al Primer Congreso Universitario Catalán*, Barcelona 1904 (2ª. ed.). La cita en págs. 18-19.

46 *La enseñanza de la Geografía en España*. Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1909 a 1910, (Madrid 1909).

47 J. RICART GIRALT, *Influencia de la enseñanza de la Geografía en la política exterior de las naciones*, (Madrid 1912), pág. 45.